

## Claret, evangelizador de las periferias de su tiempo

El papa Francisco, desde el inicio de su pontificado, nos está llamando a salir de la propia comodidad y a atrevernos a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio<sup>1</sup>. Como ya había dicho, antes incluso de ser papa: “La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria”<sup>2</sup>. A pesar de que Claret no utilizó los términos periferias, marginalidad ni excluidos, ¿podemos sostener que fue un hombre de periferias? ¿No corremos el riesgo de “tirar” demasiado de la historia para poner a Claret a tono con temas actuales? Contemplando su historia vemos que todo eso se refleja en su celo por la salvación de sus hermanos, especialmente los más alejados, su solicitud por los más pobres y su reacción apostólica antes cualquier tipo de injusticia social.

El contexto histórico en el que desarrolló su misión apostólica fue diferente del nuestro. Basta que recordemos que en aquella época, la revolución liberal había impuesto a la Iglesia española una serie de reformas que acabaron despojándola de la riqueza, el poder y la influencia social que había conseguido durante el Antiguo Régimen, transformándola en una organización debilitada y subordinada al control estatal<sup>3</sup>. Los nuevos gobernantes buscaron deslizarla a los márgenes de la emergente sociedad liberal. Algunos eclesiásticos buscaron denodadamente reconquistar el centro del poder; incluso, un grupo numeroso de católicos buscó en el movimiento carlista<sup>4</sup> la oportunidad para luchar contra el liberalismo y hacer efectiva la restauración eclesial en el centro de aquella sociedad.

Claret fue un misionero que, sobre todo en la primera etapa de su vida apostólica, aceptó, sin dramatismos, la pérdida de riquezas y privilegios de la Iglesia y asumió, con sensatez y realismo, su condición social periférica como una oportunidad para vivir con mayor fidelidad el seguimiento de Jesús misionero. Más adelante, por sus cargos eclesiásticos, tuvo que comprometerse, tal como se concebía desde la eclesiología de la época, en restaurar la posición central de la Iglesia en la sociedad; sin embargo, se percibe con claridad que con sus esfuerzos nunca buscó recobrar la opulencia y el boato de la antigua institución, sino conseguir plataformas sociales que garantizaran la viabilidad de la evangelización y la construcción de un mundo más justo.

Para comprender mejor el alcance social del apostolado de Claret, necesitamos tener en cuenta la influencia del romanticismo cultural en la vida social y eclesial de aquella época. Se

<sup>1</sup> Cf. FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium* (EG), 177.

<sup>2</sup> *Palabras del Papa Francisco antes de ser elegido papa*, en [www.zenit.org](http://www.zenit.org) (cf. A. RICCARDI, *Periferias. Crisis y novedades para la Iglesia*, Madrid 2017, 5).

<sup>3</sup> Cf. W. CALLAHAN, *Iglesia, poder y sociedad en España, 1750-1874*, Madrid 1989, 205. La Iglesia, a nivel general, también vivió una situación de marginalidad en el campo político, económico y cultural (cf. G. MARTINA, *Época del liberalismo (La Iglesia de Lutero a nuestros días, III)*, Madrid 1974, 91).

<sup>4</sup> El carlismo fue un grupo político conservador, opuesto a las reformas del liberalismo, liderado por Don Carlos María Isidro, hermano del difunto rey Fernando VII, que se resistía a reconocer la legitimidad de la sucesión al trono de su sobrina, la niña Isabel II. Durante el siglo XIX español se desarrollaron tres guerras civiles llamadas “carlistas” (1833-1840; 1846-1849; 1872-1876).

cultivó la dimensión sentimental e individualista de la vida y se descuidó el desarrollo de una conciencia social más crítica y comprometida. En la Iglesia esto se tradujo en una espiritualidad intimista más preocupada de la salvación eterna que del proyecto del Reino en la vida presente. La sensibilidad social, en muchos casos, quedó excluida de la vivencia espiritual y religiosa o, a lo más, se canalizó a través de actos de caridad<sup>5</sup>.

Cuando el joven Claret entró en crisis al recordar la palabras del Evangelio, abandonó sus esfuerzos por colocarse en el centro industrial de la España de su tiempo y decidió asumir un estilo de vida marginal para dedicarse a llevar la luz del Evangelio a aquellos que se encontraban en las periferias existenciales de su tiempo. Claret no fue un activista social. Su constante actitud de salida hacia las periferias, tal como lo veremos, formó parte de su proceso de configuración con Cristo misionero y de su respuesta a las llamadas del Evangelio en las diversas situaciones que le tocó vivir. Cuanto más ahondó en su experiencia espiritual de profeta y misionero, más atento estuvo a las realidades de pobreza y exclusión que necesitaban la luz del Evangelio.

A continuación, presentaré un rápido recorrido de las etapas vitales de nuestro fundador desde la clave de su sensibilidad hacia las periferias de su tiempo. Me voy a detener un poco más en sus años de arzobispo de Santiago de Cuba porque en este período fue desafiado por una realidad social particularmente lacerante y su condición de pastor le exigía mayores responsabilidades.

## 1. Con el corazón atento a los excluidos, desde los inicios

La constante atención de Claret a los más periféricos fue una actitud vital que hunde sus raíces en la formación humana y cristiana que fue recibiendo a lo largo de su vida.

En su niñez desarrolló una mirada atenta hacia los más débiles y desgraciados y, al mismo tiempo, una actitud de solidaridad. Por ejemplo, mientras todos huían despavoridos para poner a salvo sus vidas del paso del ejército francés por Sallent, él detuvo su mirada en su indefenso abuelo para conducirlo a un lugar seguro<sup>6</sup>. Su corazón compasivo le llevaba a perder el sueño pensando con dolor en el destino de los pobres pecadores que se condenarían eternamente si no se les prevenía y ayudaba para que cambiaran su suerte; no los quería privados de la alegría eterna (cf. Aut. 8-9). Lo mismo sentía frente a los pobres; incluso llega a decir: “me quitaré el pan de la boca para dárselo al pobrecito” (Aut. 10). En medio de estas inquietudes que lo hacían salir de sí mismo para estar atento a los más necesitados, a los doce años de edad, Claret escuchó la primera llamada para ser sacerdote.

<sup>5</sup> La Iglesia española tuvo que esperar varias décadas más para presenciar el surgimiento de movimientos eclesiales con iniciativas decididamente sociales (cf. R. AUBERT, *Pío IX y su época* (A. FLICHE – V. MARTIN, *Historia de la Iglesia*, XXIV), Valencia 1974, 535-546).

<sup>6</sup> Cf. A. CLARET, *Autobiografía y escritos complementarios*, Buenos Aires 2018, nº 19; a partir de ahora esta obra será citada de dos formas. Cuando se trate del texto autobiográfico= Aut. seguido del número correspondiente. Cuando se trate de una nota o de un texto no numerado= AEC seguido del número de página correspondiente.

Al clausurarse la escuela de latín, el adolescente Antonio vio truncado su camino para ingresar en el seminario<sup>7</sup> y se dedicó a colaborar en el taller textil de su padre. Deseoso de adelantar en el comercio y la fabricación, se trasladó a Barcelona, centro de la emergente industria española. Allí, experimentó un delirio por el éxito profesional de tal forma que perdió de vista el resto de dimensiones de la realidad, incluso, olvidó la llamada de Dios. Algunas crisis sufridas en plena juventud le llevaron a replantearse el verdadero sentido de la vida. La Palabra de Dios, recordada en la celebración de la Eucaristía, lo desplazó del centro de la avanzadilla industrial para conducirlo hacia las periferias de la vida contemplativa. Aunque sus anhelos de ser un silencioso y solitario monje cartujo no se llegaron a cumplir, su vida se encaminó hacia el sacerdocio diocesano.

Estando en Sallent como presbítero recién ordenado, la Palabra de Dios le tocó el corazón, pero esta vez para lanzarlo a las periferias geográficas del mundo y de los más necesitados del Evangelio<sup>8</sup>. Uno de los textos fue: “Los menesterosos y los pobres buscan aguas y no las hay; la lengua de ellos se secó de sed” (Is 41, 17); Claret lo interpretó escribiendo: “El Señor me dio a conocer que no sólo tenía que predicar a los pecadores, sino que también a los sencillos de los campos y aldeas había que catequizar, predicar, etc., etc.”. Concluye el párrafo diciendo: “Y de un modo muy particular me hizo Dios Nuestro Señor entender aquellas palabras: *Spiritus Domini super me et evangelizare pauperibus misit me Dominus et sanare contritos corde*” (Aut. 118).

Cuando Claret marchó a Roma, centro del catolicismo, para ser enviado a las periferias del mundo, tenía muy claro que su estilo de vida debía ser diferente al que llevó en Barcelona cuando trataba de vestir con lo mejor. Imitando al Maestro que no tenía donde reclinar la cabeza, emprendió un viaje “a la apostólica”. Atravesó la frontera francesa pobre y a pie, en medio de los peligros de las partidas carlistas apostadas en los bosques solitarios. Dejemos que él mismo nos explique la segunda parte del viaje: “Como mi viaje a Roma no era por recreo, sino para trabajar y sufrir por Jesucristo, consideré que debía buscar el lugar más humilde, más pobre y en que más tuviese oportunidad de sufrir. Al efecto, pagué el flete de andar sobre cubierta a la parte de la proa, que es el lugar más pobre y barato de la embarcación” (Aut. 130).

Aunque en Roma no alcanzó ninguno de los objetivos que se propuso, regresó a España confirmado en su vocación de Misionero Apostólico.

## 2. Entre los excluidos del acceso a la medicina

El vicario episcopal lo destinó a la parroquia de Viladrau, donde Claret no solo se dedicó a las tareas pastorales propias de su cargo de vicario parroquial, sino que visitó cada día a los enfermos (cf. Aut. 170). Este ministerio, que ya había realizado antes, cobró un significado

<sup>7</sup> La escuela de latinidad, establecida probablemente en el siglo XVII y cerrada durante la guerra de la Independencia, se abrió de nuevo en 1813. Juan Riera comenzó a dar clase en ella en 1817. Antonio la frecuentó desde 1818 hasta que, en 1820, el gobierno liberal la volvió a cerrar.

<sup>8</sup> Él mismo manifestó: “En muchas partes de la Biblia sentía la voz del Señor que me llamaba para que saliera a predicar... Así que determiné dejar el curato e irme a Roma y presentarme a la Congregación de Propaganda Fide para que me mandase a cualquier parte del mundo” (Aut. 120).

especial por las razones que él mismo explica: “Como aquella población había sido tan trabajada por la guerra civil, pues que a lo menos había sido saqueada trece veces, había habido sorpresas de unos y otros, fuegos y muertes, de cuyas resultas y de espantos, tristezas y disgustos, había muchas gentes, singularmente mujeres, que tenían enfermedades históricas que las hacían sufrir mucho y me venían a hablar” (Aut. 179).

Durante la primera guerra carlista (1833-1840), los pueblos de montaña sirvieron de refugio para los soldados de ambos bandos y, al mismo tiempo, para reponer provisiones a costa de las propiedades de los pobladores. Viladrau, al encontrarse en un lugar estratégico de la cadena montañosa del Montseny, sufrió constantes incursiones y saqueos, de tal forma que los personajes importantes “fueron perseguidos de todos los partidos, y así quedó la población sin ningún médico” (Aut. 170).

Claret no permaneció indiferente: “Y así me fue preciso hacer yo de médico corporal y espiritual, ya por los conocimientos que tenía, ya por los estudios que hacía en los libros de medicina que me procuré; y cuando se presentaba algún caso dudoso, miraba los libros, y el Señor de tal manera bendecía los remedios, que de cuantos visité ninguno murió. Y así fue como empezó a correr la fama de que yo curaba, y venían enfermos de diferentes lugares” (Aut. 171). Para él, su motivación era muy clara: “Yo no me introduje a curar enfermos para ganar dinero ni otra cosa que lo valiera, pues que nunca acepté cosa alguna; sólo lo hacía por la necesidad y por la caridad” (Aut. 174)<sup>9</sup>.

### 3. Salir a predicar cuando parecía imposible

Ya en agosto de 1840, mientras estaba en Viladrau, Claret emprendió su predicación itinerante, pero será a partir de enero del año siguiente cuando se dedicará de forma exclusiva a este ministerio, salvo algunas interrupciones en las que, debido a las complicaciones políticas, quedó recluido en los límites de pequeñas parroquias rurales o en Vic<sup>10</sup>. En 1835 la mayoría de religiosos, que eran los predicadores ordinarios de las misiones populares, fueron exclaustrados de sus conventos. Muchos marcharon a otros países, mientras que los que se quedaron se enrolaron en las filas del clero secular. El gobierno liberal, con el propósito de controlar la predicación, exigía a los sacerdotes un atestado de fidelidad como requisito para ejercer el ministerio. Como la mayoría no solicitó aquel documento, el pueblo sencillo se quedó desprovisto de predicación. Si algún sacerdote se atrevía a predicar sin aquel permiso, se exponía a ser perseguido, o incluso encarcelado o desterrado.

Claret se sintió llamado por Dios para salir de la parroquia y atender las periferias de los pueblos abandonados y hambrientos de la Palabra de Dios. Su ministerio itinerante, con el que arriesgaba la propia vida, fue una respuesta valiente y audaz a aquella necesidad urgente. Se

<sup>9</sup> La salida de Claret de Viladrau coincidió con el final de la primera guerra carlista, pues el 6 de julio de 1840 los últimos carlistas abandonan Cataluña para cruzar la frontera francesa. Claret se sintió más libre para dejar esta población, justamente, cuando las nuevas circunstancias permitían que los médicos pudieran volver. A mediados de enero de 1841, Claret dejó la parroquia definitivamente, pese a los fuertes reclamos de los pobladores.

<sup>10</sup> Entre 1840 y 1843, el general Baldomero Espartero, después de vencer a los carlistas, instauró un gobierno de carácter liberal exaltado, en el que estableció medidas radicales para la reforma del Estado, entre ellas, un control más estricto de la Iglesia, pues era consciente de que ésta, en buena medida, propendía al carlismo.

atrevió a sacudirse del temor y de la sensación de impotencia que imperaba entre los eclesiásticos de aquella época. Y gracias a su cautela y prudencia en el campo político, recorrió casi todas las diócesis catalanas, y luego las Islas Canarias, llevando el pan de la Palabra.

La predicación misionera de Claret no solo llegó a las periferias de los pueblecitos más recónditos sino también a las de las ciudades en incipiente industrialización, que empezaban a ser desatendidas por los eclesiásticos debido al desconcierto y al miedo que les provocaba el mundo obrero. Las grandes masas de trabajadores del sector industrial se convirtieron en una auténtica periferia necesitada de evangelización. Si bien, su actividad misionera en Cataluña en un primer momento se concentró en el mundo agrícola, el 40% de sus últimas 50 misiones fueron predicadas en poblaciones industriales. Claret no dudó en atender ambas realidades con la misma pasión y entrega. Sufrió al ver que no podía llegar a todos y al ver que había tantos sacerdotes poco preparados o sin la suficiente motivación para atender al pueblo<sup>11</sup>.

En sus largas caminatas de un pueblo a otro, no dudaba en buscar a aquellos que frecuentemente eran rechazados por la gente considerada más importante; así lo dice él mismo: “Como siempre iba a pie, me juntaba con arrieros y gente ordinaria, a fin de poder hablar con ellos de Dios e instruirles en cosas de Religión, con que ellos y yo pasábamos insensiblemente el camino y todos muy consolados” (Aut. 461). En el resumen de su ministerio que escribió para su amigo el filósofo Jaime Balmes, afirma sobre sus destinatarios: “Visito y predico a los encarcelados, visito a los enfermos en los hospitales y casas particulares, y un sinnúmero me vienen a ver o los traen a mi casa, y muchísimos dicen que han cobrado la salud; y al verme cada día rodeado de tanta gente es lo que más me aflige. Termino pleitos y enemistades, pongo paz en los matrimonios desunidos...” (AEC, 533).

En una de sus últimas misiones predicadas en Cataluña, pasó algo significativo que refleja su preferencia por los más necesitados y excluidos. En Escaladei, población edificada en torno al antiguo monasterio cartujo del mismo nombre, el nuevo propietario del vetusto y casi derruido edificio contrató labradores foráneos para trabajar sus tierras. La mala fama de estos pobladores se extendió por la región por su estilo de vida, más bien rudo y disipado. Cuando Claret llegó a predicar allá, también asistió gente de poblaciones vecinas, de tal forma que no daba abasto para confesar a todos. En una carta dirigida al vicario episcopal de Vic, manifestó cómo había preferido a los habitantes de Escaladei por ser una periferia todavía más necesitada de la Palabra de Dios (cf. EC, I, 192-194).

También salió hacia las periferias a través del apostolado de la pluma. Si la imprenta, durante el Antiguo Régimen, había estado principalmente al servicio de las clases más ilustradas, Claret se dio cuenta del cambio de paradigma, pues en el siglo XIX las masas populares manifestaban una gran sed de lectura y formación. Tal como hicieron muchos grupos políticos en orden a sus intereses partidarios, Claret supo aprovechar el mundo de las publicaciones para acercar la luz del Evangelio a los sectores populares. En este campo fue emprendedor, tenaz y creativo. Comenzó escribiendo y publicando numerosos volantes, luego

---

<sup>11</sup> Cf. J. GIL, *Epistolario Claretiano*, I, Madrid 1970, 187. A partir de ahora, esta obra se citará, dentro del cuerpo del texto superior, como EC seguido del número de volumen y de páginas correspondientes.

folletos y libritos y no paró hasta fundar, en 1848, con José Caixal, la Librería Religiosa, que fue la primera, a nivel popular en España.

Claret fue un misionero pobre en medio de las periferias. Efectivamente, uno de sus mayores esfuerzos ascéticos durante esta etapa de su vida fue imitar la pobreza de Jesucristo. No quería llegar a los más necesitados desde el pedestal de los privilegios, por eso, trató de vivir como un pobre más. Durante toda esta década, tanto en Cataluña como en Canarias, no transigió en su compromiso por vivir “a la apostólica”, es decir, pobrementemente, tanto en su vestimenta, como en la alimentación y en la manera de trasladarse de un lugar a otro solo con un hatillo y siempre a pie. La gente sabía que nunca aceptaba estipendios ni regalos; incluso, en una oportunidad, en Molins del Rei, un mendigo se conmovió al verle tan escaso de provisiones y le ofreció parte de sus alimentos.

Otro aspecto que manifestaba su anhelo de estar cerca de los pobres fue la sencillez, la claridad y la cercanía con las que predicaba, sin dejarse atrapar por la tentación del lucimiento personal a través del lenguaje barroco y terrorífico, tan frecuente en aquella época. El conocido sacerdote filósofo Jaime Balmes, impresionado por su estilo de predicación, anotó: “Poco terror, suavidad en todo. Nunca ejemplos que den pie al ridículo. Los ejemplos, en general, de la Escritura. Hechos históricos profanos. Nunca oposiciones ni cosas semejantes. Habla del infierno, pero se limita a lo que dice la Escritura. Lo mismo en el purgatorio. No quiere exasperar ni volver locos...” (AEC, 530). Además, siempre predicó en la lengua de la gente sencilla, por eso, no dudó en utilizar el catalán, a pesar de que por ello fuese tildado de poco culto.

#### 4. Arzobispo en salida misionera

Claret renunció al nombramiento de arzobispo de Cuba porque temía quedarse atrapado en el centro de la burocracia del cargo<sup>12</sup>; sin embargo, durante esta etapa, consiguió estar más que nunca libre para ser un pastor en salida misionera hacia las periferias de aquella sociedad.

La isla de Cuba pasaba por un período de auge económico, pero, desgraciadamente, este progreso se fundaba, sobre todo, en la sangre y los sudores de los esclavos<sup>13</sup>. También era un hervidero de ansias de independencia, pues, fueron años en que se multiplicaron los movimientos de sublevación contra la metrópoli, situación que provocaba una fuerte división interna. La archidiócesis de Santiago de Cuba abarcaba un territorio de 55.000 km<sup>2</sup> y una población de 240.000 habitantes, para los cuales solo se contaba con 125 sacerdotes distribuidos en 41 parroquias. Además, el anterior arzobispo, Cirilo Alameda y Brea, había abandonado su

<sup>12</sup> Escribió al nuncio diciéndole: “Mas así yo me ato y concreto en un solo arzobispado, cuando mi espíritu es para todo el mundo: ni aún en este punto pequeño del globo podré predicar tanto como quisiera, porque he visto con mis propios ojos los muchos negocios a que tiene que atender un arzobispo” (EC, I, 304-305). Después de dos meses de discernimiento, aceptó el nombramiento porque su director espiritual le ayudó a descubrir que aquella era la voluntad del Señor.

<sup>13</sup> Se calcula que entre 1823 y 1865 entraron en la isla unos 400.000 esclavos, comprados en África; en 1841, constituían el 43,5% de toda la población (cf. H. THOMAS, *Cuba, la lucha por la libertad, 1762-1909*, Barcelona 1973, 153).



sede, por razones políticas, hacía 14 años; por lo que el nivel de descuido en el clero y en la pastoral era patente.

Antes de viajar a Cuba, Claret ya se había informado lo más posible sobre la realidad de su archidiócesis (cf. EC, I, 517, 529). En junio de 1851, envió sendas cartas a la reina y al presidente del consejo de ministros explicándoles sus preocupaciones frente a la difícil realidad encontrada. Al finalizar su primera visita pastoral, escribió a la reina diciéndole: “Ya he recorrido, Señora, gran parte de mi vasta Diócesis; ya he palpado por mí mismo las llagas de que adolece; he estudiado el mal en sus resultados; he descubierto su origen, y no es otro que abandono y perfidia...” (EC, I, 647). Claret no fue un estudioso de la realidad, sino, un misionero que se preguntó por qué el mensaje del evangelio no arraigaba en los fieles ni impregnaba la vida social y cultural<sup>14</sup>.

La primera respuesta ante el sistema injusto que encontró fue su estilo de vida pobre, como la de Jesús: “Consideré que para hacer frente a este gigante formidable que los mundanos le llaman omnipotente, debía hacerle frente con la santa virtud de la pobreza” (Aut. 359). El P. Juan Nepomuceno Lobo, uno de sus colaboradores más cercanos en Cuba, escribió años más tarde al P. Xifré retratando al arzobispo: “pobrísimos en su persona y ajuar y en cuanto a su persona se refería, modesto en sumo grado, amante de los pobres...”<sup>15</sup>. Sin embargo, sabía que esto no era suficiente. Su afán por configurarse con Cristo le llevó a optar de forma preferencial por los más pobres y necesitados<sup>16</sup>. El balance que el arzobispo hizo de su labor pastoral es elocuente: “Con la ayuda del Señor cuidé de los pobres. Todos los lunes del año, durante el tiempo de mi permanencia en aquella Isla, reunía a todos los pobres de la población en que me hallaba... y muchísimos se confesaban conmigo, porque conocían el grande amor que les tenía, y a la verdad, el Señor me ha dado un amor entrañable a los pobres” (Aut. 562)<sup>17</sup>.

Entre los pobres que tuvo que atender se encontraron, también, los sacerdotes de su archidiócesis. A los pocos meses de llegar, les dirigió una circular reveladora de su precaria situación económica y de la solidaridad del pastor: “Viendo en primer lugar con nuestros propios ojos el estado triste de miseria a que muchos de vosotros os halláis reducidos, hemos resuelto representar a S.M. la Reina... sobre este punto y enviar un Prebendado que entregue la exposición al Gobierno...” (EC, I, 512-514). Así lo hizo, envió a Madrid al P. Jerónimo Usera llevando informes para la reina (cf. EC, I, 515-525) y el presidente del consejo de ministros (cf.

<sup>14</sup> A los dos años de su llegada, escribió al P. Esteban Sala, manifestándole su preocupación al descubrir la presencia de “unos principios de destrucción, de corrupción y de provocación de la divina Justicia...” (EC, I, 704-707).

<sup>15</sup> *Carta del P. Lobo al P. Xifré*, 22 de enero de 1880, publicada en: *Studia Claretiana* XVI (1998) 144.

<sup>16</sup> El mismo P. Lobo afirmó: “El empleo que hacía de sus rentas era como convenía a un verdadero apóstol: todo en beneficio de los pobres...” (id., 141).

<sup>17</sup> Más adelante afirmó: “Para los pobres compré una hacienda en la Ciudad de Puerto Príncipe... también puse en la Diócesis la Caja de ahorros cuyo Reglamento y aprobación está en la misma obra, para utilidad y morigeración de los pobres... también visitaba a los presos de la cárceles; les catequizaba y predicaba con mucha frecuencia, y después les daba una peseta a cada uno... visitaba con la misma frecuencia a los pobres del hospital... era presidente de la Junta de los amigos del país; nos reuníamos en Palacio y nos ocupábamos todos de los adelantos de la Isla; procurábamos oficio a los muchachos pobres... facilité los matrimonios a los pobres...” (Aut. 563-572).

EC, I, 526-534) solicitando el urgente aumento de las dotaciones del clero. Al final, el cambio fue significativo. El mismo arzobispo se rebajó el sueldo para mejorar el de sus sacerdotes<sup>18</sup>.

En el documento manuscrito titulado *Males que se han de corregir*<sup>19</sup>, Claret presentó un resumen de la línea social de su plan de gobierno pastoral. Al señalar *los males* de la sociedad, propuso, al mismo tiempo, sus respectivos *remedios*: atender la instrucción de los niños y las niñas, instituir las casas de caridad, dotar de buena atención a los hospitales, garantizar el buen funcionamiento de las cárceles con aprendizaje de oficios, instaurar cajas de ahorro, publicar libros de enseñanza y promover espacios lúdicos positivos para evitar la ociosidad y los vicios. Las acciones enumeradas en este plan no quedaron sólo en el papel.

A continuación, destacamos, de forma sintética, algunas de las acciones que el arzobispo llevó a cabo en favor de los más pobres y excluidos de su archidiócesis.

#### 4.1. Esfuerzos por garantizar la estabilidad familiar

El amancebamiento fue uno de los problemas más difíciles que Claret tuvo que enfrentar, no sólo porque iba contra la moral católica, sino, sobre todo, porque era la causa de un mal social muy grave que desestabilizaba a la familia y dejaba a muchas mujeres desprotegidas<sup>20</sup>. Después de su primera visita pastoral, el arzobispo comunicó al ministro de gracia y justicia: “He hecho nueve mil matrimonios de amancebados públicos, resultando legitimados más de cuarenta mil naturales. He reunido cerca de trescientos matrimonios desunidos...” (EC, I, 830). Después de esta gozosa noticia, paradójicamente, expresó su deseo de renunciar a su cargo: “Yo suplico a V. que... me ayude cuanto pueda, así como en sostener mi renuncia, porque yo he cumplido con lo que podía hacer, que es dejar entablada la reforma general de costumbres; pero no me es posible. No me faltan contradicciones, antes las experimento grandes, especialmente por no poder transigir con ciertas disposiciones vigentes sobre matrimonios entre diversas razas...” (EC, I, 830). En la misma carta, Claret denunció la existencia de *un baluarte de los amancebados*<sup>21</sup>. Las

<sup>18</sup> “En mi tiempo se hizo el arreglo y aumento de la dotación del clero, tanto de la Catedral como del parroquial; aquella se aumentó y la mía disminuyó; antes, el Arzobispo tenía 30.000 duros y la cuarta parroquial, que le valdría 6.000 duros, y a mi tiempo se puso a 18.000, sin cuarta ninguna” (Aut. 551). Para ver las muchas gestiones de Claret en este campo, véase: J. SIDERA, *Claret frente a la miseria del clero cubano*: Arxiu Claret – Vic IV (1994) 35-59.

<sup>19</sup> Cf. C. FERNÁNDEZ, *El Beato Padre Antonio María Claret, historia documentada de su vida y empresas*, Madrid [1947], I, 731-732.

<sup>20</sup> El general Concha, uno de los capitanes generales de aquella época, escribió: “Ningún país cuenta, por estas circunstancias, en proporción a su población, mayor número de niños abandonados, tanto en la clase blanca como en la de color, los cuales, si no son recogidos en los establecimientos de beneficencia, perecen o se convierten en esos elementos funestos para la sociedad, que más tarde pueblan las cárceles y los presidios” (cf. M. LOZANO, *Una vida al servicio del Evangelio, Antonio María Claret*, Barcelona 1985, 256-257).

<sup>21</sup> Se refería a la real cédula de 15 de octubre de 1805, en la que se exigía el permiso del gobernador para que los de conocida nobleza y notoria limpieza de sangre pudieran contraer matrimonio con mulatos, negros y otras razas. Esta ley salvaguardaba los intereses de los europeos, pero dejaba en el abandono a las mujeres. Amparándose en una interpretación amplia de esta ley, se volvió una costumbre que todos los blancos se considerasen de notoria limpieza de sangre y tuvieran una excusa para no casarse. Claret asumió una interpretación estricta de la ley, y él y sus misioneros celebraron matrimonios entre razas mixtas. Un gesto profético que le trajo problemas con los poderosos.



denuncias, las amenazas y las persecuciones de quienes veían peligrar sus privilegios se multiplicaron, pero no amedrentaron al arzobispo.

#### 4.2. Compromiso por una educación integral y de calidad para los pobres

Claret sabía que la base segura de una reforma social de largo alcance suponía una buena educación<sup>22</sup>. En la carta dirigida a la reina después de su primera visita pastoral, manifestó: “no dejemos la educación en manos de especuladores como si fuera una mercancía cualquiera...” (EC, I, 650). En consecuencia, hizo diligencias para que el gobierno civil permitiese la llegada de algunos institutos religiosos<sup>23</sup>. Claret dejó constancia de que “visitaba siempre y en todas las poblaciones las escuelas de niños y de niñas y platicaba en ellas a los Maestros y Maestras y a los discípulos y discípulas” (Aut. 560). Más aún, para atender la educación de las niñas, estableció, con la madre Antonia París, el instituto de Religiosas de María Inmaculada.

El proyecto social de educación y promoción humana más apreciado de Claret fue la escuela-granja de Puerto Príncipe<sup>24</sup>. En 1855 compró el terreno y encargó al P. Paladio Currius dirigir su construcción. El plan era ambicioso, pues pretendía “recoger a los Niños y Niñas pobres, que muchos de ellos se pierden por las calles pidiendo limosna. Y allí se les había de mantener de comida y vestido y se les había de enseñar la Religión, leer, escribir, etc., y después arte u oficio, el que quisiesen, y una hora, no más, cada día, los niños habían de trabajar en la hacienda, y con esto ya se les podía mantener con las viandas que producía la misma hacienda; y todo lo demás que ganasen se había de echar en la caja de ahorros. Por manera que cuando saliesen de dicha casa habían de tener instrucción y además habían de haber aprendido algún arte u oficio, y se les había de entregar lo que ellos hubiesen ganado” (Aut. 564). Desgraciadamente, después del atentado de Holguín las obras se resintieron y disminuyó el ritmo de trabajo, hasta que, a su vuelta a Madrid, el proyecto se abandonó.

#### 4.3. A favor de una economía solidaria

La riqueza en Cuba, en aquella época, crecía considerablemente, pero estaba en manos de una minoría que se aprovechaba de la pobreza de la mayoría. Cuando los trabajadores, artesanos y pequeños propietarios necesitaban créditos para emprender algún proyecto, tenían que recurrir a mercaderes usureros. El arzobispo estableció las cajas de ahorro, una institución de economía solidaria creada en 1803 en Tottenham, cerca de Londres. Al leer el reglamento de las

<sup>22</sup> Comenzó con la reorganización del seminario de San Basilio convirtiéndolo en un floreciente centro de formación sacerdotal y en un instituto de carácter universitario, donde se formaron varias generaciones de jóvenes (cf. E. BUCH, *Del Santiago colonial...*, La Habana 1947, 27, citado en J. PALACIOS, *La acción social de san Antonio María Claret: Studia Claretiana XXV* (2010) 40).

<sup>23</sup> En 1852, una real cédula abrió las puertas de la isla para los institutos religiosos, pero los superiores generales no pudieron responder al pedido del arzobispo por falta de personal; sólo los escolapios fundaron una escuela en Camagüey, mientras que jesuitas y paúles tardaron un poco más.

<sup>24</sup> El mismo Claret escribió: “Para los pobres compré una hacienda... Cuando salí de la Isla llevaba gastados de mis ahorros veinticinco mil duros” (Aut. 563). El nombre del proyecto, “Casa de caridad”, era una clara referencia al lema de su escudo episcopal (cf. EC, I, 1089).

cajas de ahorro redactado por Claret<sup>25</sup> se nota que buscó impregnarlas de espíritu evangélico<sup>26</sup>. Entre sus motivaciones, expuso: “Deseoso de conservar las buenas costumbres que ha enseñado (el arzobispo) de palabra y por escrito, de promover la moralidad pública, y fomentar al propio tiempo la agricultura y las artes mecánicas, la instala en su diócesis como medio eficaz al efecto”<sup>27</sup>. Claret deseaba que se estableciese una caja de ahorros en cada parroquia de su archidiócesis. El arzobispo mismo se encargó de ponerlo en práctica y ofrecía mil pesos fuertes a cada parroquia para dar el primer impulso<sup>28</sup>.

#### 4.4. Apuesta por una agricultura más justa

Claret vio que la agricultura era la principal fuente de trabajo de sus fieles, pero, al mismo tiempo, que su capacitación era deficiente y las condiciones laborales, injustas. No quedó indiferente: “Este amor y deseo de su bienestar me obligaba en el decurso de la misión y visita pastoral por las parroquias de los campos... a enseñarles el modo de sembrar y plantar e injertar...”<sup>29</sup>.

Su mirada práctica y realista le llevó a lanzar una propuesta audaz que topó con los intereses de los terratenientes<sup>30</sup>. Propuso, por un lado, fijar una ley de arriendos de terrenos para evitar los desalojos injustos y, por el otro, emprender una reforma agraria de alcance regional; al respecto, escribió: “es de absoluta necesidad la división de los terrenos”, la repartición de los mismos entre los pequeños agricultores, sobre todo “en la jurisdicción de Tunas y Bayamo por la parte del Cauto”. El arzobispo estaba convencido de que cuando no había propiedad segura “nadie las cultiva ni edifica casa en ella... sólo levantan por interina providencia unos miserabilísimos bohíos”<sup>31</sup>. Nos podemos imaginar cómo sonaría aquella propuesta que iba en la línea de algunos personajes ilustrados que defendían la reforma agraria<sup>32</sup>.

<sup>25</sup> El 1 de enero de 1854, Claret publicó el Reglamento de la Caja parroquial de ahorros, o sea depósito y guarda maternal que él mismo redactó y que, después, publicó como parte de una de sus obras (cf. A. CLARET, *Las delicias del campo*, en A. CLARET, *Escritos pastorales*, Madrid 1997, 326-330).

<sup>26</sup> Cf. J. LAVASTIDA, *El Padre Claret y las Cajas de ahorros parroquiales en Cuba*: Studia Claretiana XVI (1998) 23-43.

<sup>27</sup> A. CLARET, *Las delicias del campo*, o.c., 326.

<sup>28</sup> Íd., 327. Por una carta dirigida al P. Paladio Currius sabemos que, un año y medio después de su partida a Madrid, las cajas de ahorros siguieron funcionando (cf. EC, I, 1685); desgraciadamente, después no se les dio continuidad.

<sup>29</sup> En la pequeña obra *Reflexiones sobre agricultura*, Claret expuso sus consejos para mejorar el trabajo agrícola. Se sintió en continuidad con los evangelizadores que no cerraron los ojos a las necesidades de sus fieles, antes bien, se comprometieron con una evangelización integral y liberadora. Entre ellos, resaltó el ejemplo de fray Bartolomé de las Casas, del cual dijo: “que tanto bien hacía a los colonos e indígenas con la Agricultura y otras industrias de que se valía, según le dictaban su celo y su caridad en estos vastísimos países de la América” (A. CLARET, *Reflexiones sobre la agricultura*, en A. CLARET, *Escritos pastorales*, 299).

<sup>30</sup> Al respecto, manifestó: “He observado que varios colonos laboriosos e industriosos, después que han trabajado mucho para hacer fructificar aquellas tierras y lo han conseguido, al tercer año son arrojados de ella o despedidos por el mismo dueño o por ambición de otro colono que ofrece mayor lucro al dueño que el primero. Esto es muy perjudicial al desarrollo de la industria, porque el colono por miedo de ser echado de aquel terreno ni lo cultiva ni lo hace fructificar, como lo haría si tuviera alguna seguridad de permanecer en él” (ib).

<sup>31</sup> Ib.

<sup>32</sup> “La vinculación del Arzobispo con el reformismo agrario se nota a través de otro cubano ilustre, Francisco de Frías Jacott... quien aseveraba que sería lisonjero el destino de nuestra patria si se abriese un porvenir envidiable a la pequeña propiedad rural” (R. LEBROC, o.c., 374).

Las críticas no se hicieron esperar. Claret se justificó ofreciendo las razones por las que se inmiscuía en asuntos de índole sociales: “¿A qué viene que un Prelado se ocupe de estas materias, cuando su elemento es la Sagrada Teología y Cánones y la moral cristiana? No hay duda que ésta debe ser mi principal obligación; pero no considero fuera de razón el ocuparme de la propagación y perfección de la agricultura, ya porque influye poderosamente a la mejora de las costumbres, que es mi principal misión, ya también porque la abundancia y felicidad que trae a los hombres, las que estoy obligado a procurarles en cuanto pueda por ser yo su Prelado y Padre espiritual, a quienes tanto amo. Y como amar es querer bien, debo proporcionarles este grande bien y utilidad por medio de la agricultura”<sup>33</sup>. En 1856, el arzobispo publicó su segunda obra sobre agricultura, *Las delicias del campo*. A través de citas de las Sagradas Escrituras y de autores “antiguos y modernos, nacionales y extranjeros” reivindicó el papel de la agricultura en la vida social y realzó su dignidad, en contra de quienes trataban de relegarla como un trabajo propio de las clases más bajas<sup>34</sup>.

Claret intervino de forma directa en un plan para convertir a los “guajiros”, trabajadores de la tierra, en propietarios. El Marqués de la Pezuela, capitán general, le había consultado sobre la situación de algunos terrenos administrados antiguamente por los dominicos y que estaban a punto de ser vendidos por la hacienda real para restituir el dinero a la Iglesia. El arzobispo respondió: “Estos terrenos... deben adjudicarse con preferencia si no con exclusión a los pobres que los han cultivado o puedan cultivarlos como colonos, excluyendo a los ricos, o a lo menos posponiéndolos de las cortas propiedades que se enajenen” (EC, I, 987). Desgraciadamente, cuando el capitán general iba a ejecutar aquellas indicaciones fue sustituido por otro que actuó de forma diferente.

#### 4.5. A favor de la justicia y la paz

El proceso emancipador de la mayoría de naciones americanas había despertado en Cuba un gran entusiasmo por la independencia, pero estos anhelos fueron reprimidos de forma despiadada, por temor a que la isla cayera en manos de los esclavos negros, como había sucedido en Haití<sup>35</sup>. Sin embargo, la identidad nacional cubana se acentuó cada vez más entre los criollos, especialmente entre los intelectuales y personajes de fuerte peso político y económico. Sentían la distancia de la metrópoli<sup>36</sup>. Esta desafección iba a la par del interés que despertaba, cada vez más, la posibilidad de anexionarse a EE.UU., país cercano y emergente<sup>37</sup>.

<sup>33</sup> A. CLARET, *Reflexiones sobre la agricultura*, en A. CLARET, *Escritos pastorales*, 298.

<sup>34</sup> A continuación, de forma didáctica, a través de unas conversaciones entre tres personajes imaginarios, presentó diferentes temas de formación geográfica, agrícola y espiritual (cf. R. LEBROC, o.c., 381-386).

<sup>35</sup> Cf. M. LOZANO, o.c., 266-271).

<sup>36</sup> El gobierno central, en 1837, había retirado a Cuba su condición de provincia española para someterla, como simple colonia, a la autoridad omnímoda de los capitanes generales. Las leyes liberales que gobernaban la península no podían ser aplicadas en los territorios coloniales y, más aún, los diputados cubanos electos para las cortes fueron excluidos de las mismas.

<sup>37</sup> Las anexiones norteamericanas de Texas, Nuevo México y California, entre 1845 y 1848, alentaban los deseos de la adhesión cubana, que resultaba apetitosa para ambos grupos. Por un lado, los estados esclavistas del sur de la *Federación Norteamericana* buscaban territorios para acrecentar el comercio y conseguir mayor apoyo para

La situación de Claret como arzobispo no fue nada fácil porque, por un lado, representaba a la Iglesia y, por el otro, no dejaba de aparecer como un funcionario de la corona. Esta complejidad se agravó cuando tuvo que defender la vida, en medio de algunas rebeliones. Por ejemplo, a pocos meses de llegar a la isla, en agosto de 1851, fue testigo del segundo desembarco de Narciso López Urriola<sup>38</sup> junto a 434 hombres para protagonizar uno de los intentos más importantes de sublevación. López fue vencido y condenado a garrote vil junto con otros tres. A los pocos días, el arzobispo tuvo que pasar por Puerto Príncipe, lugar de la rebelión, donde tuvo que ser extremadamente prudente para no exaltar los ánimos<sup>39</sup>. A petición de los familiares, envió dos cartas al capitán general solicitando el indulto. Aunque no consiguió salvar a todos, nos dejó el testimonio de su compromiso por la paz y la reconciliación. En la primera carta aludió a su deber de pastor en defensa de toda vida humana<sup>40</sup>. En la segunda, dio un paso más allá expresando su preocupación por el futuro del ambiente social de la isla: “Si se ejecuta esta sentencia, los ánimos siempre más quedarán rencorosos y nunca jamás sus corazones quedarán españoles, y únicamente lo serán por fuerza y en el exterior; maquinando de continuo en sus interiores y aprovechando las ocasiones exteriores...” (EC, I, 586-587).

#### 4.6. Defensa de la dignidad de los esclavos

Hemos llegado al tema más difícil que Claret afrontó en la isla, el escándalo de la esclavitud. Aunque esta ya había sido abolida en España, en 1820, las cortes decidieron, en 1837, que aquellas leyes no fuesen aplicadas en territorios de ultramar ya que necesitaban garantizar la mano de obra barata<sup>41</sup>. Además, el tráfico de esclavos contaba con una red internacional que beneficiaba a muchos otros: los jefes tribales de las costas atlánticas africanas<sup>42</sup>, las empresas de mercaderes, a los capitanes generales y demás autoridades aduaneras que cobraban por cada esclavo que ingresaba. En 1853, la isla contaba con 315.010 esclavos<sup>43</sup>.

---

mantener su política pro-esclavista. Por el otro, los grandes comerciantes cubanos estaban interesados en garantizar la estabilidad de la esclavitud, que era la base de su crecimiento económico y que en España ya estaba abolida por más que permaneciese vigente en sus colonias.

<sup>38</sup> Narciso López Urriola. Nació en Venezuela, en 1798. Siendo joven se trasladó a España, donde combatió contra los carlistas y, después, fue nombrado gobernador de Valencia. Fue enviado a Cuba, donde ejerció como presidente de la comisión militar ejecutiva y permanente y como gobernador de Trinidad. En 1848 fue obligado a exiliarse en Nueva York, donde diseñó la bandera cubana y entró en contacto con los guerrilleros de la independencia y organizó dos desembarcos en Cuba (cf. G. BLEIBERG, (Dir.), *Diccionario de historia de España*, Madrid 1981, 789-790).

<sup>39</sup> Él mismo relató los hechos: “Empecé la misión (en Puerto Príncipe) y venían a ver si yo hablaría de las revueltas políticas en que se hallaba toda la isla de Cuba, pero singularmente la ciudad de Puerto Príncipe; pero al observar que yo jamás hablaba una palabra de política ni en el púlpito ni en el confesionario, ni en particular y privadamente, aquello les llamó muchísimo la atención y les inspiró confianza” (Aut. 522).

<sup>40</sup> “¿Cómo me tendré por buen pastor de este rebaño que el Señor me ha confiado, si no procuro por todos los medios posibles salvar la vida de esos infelices que, aunque rebeldes e inobedientes a las autoridades, son súbditos y ovejas más?...” (EC, I, 578).

<sup>41</sup> Así lo refirió explícitamente el general Leopoldo O’Donnell: “La esclavitud es absolutamente indispensable si la Isla no ha de decaer rápidamente en su importancia y llegar a ser, en vez de beneficiosa, gravosa para el Estado dentro de corto número de años” (cf. R. LEBROC, o.c., 117).

<sup>42</sup> Los principales países donde se compraban esclavos eran Guinea, Sudán, Mali, Senegal, Nigeria y El Congo (cf. *íd.*, 112).

<sup>43</sup> Cf. *íd.*, 539).

El mantenimiento de la esclavitud se fundamentaba también en el temor de que los esclavos se independizaran y *africanizasen* la isla, como se había hecho en Haití<sup>44</sup>. La existencia de un partido político que pretendía la *africanización* de Cuba y los muchos brotes de rebelión que se dieron entre 1838 y 1845, llevaron a que estas sospechas cobraran más fuerza y se evitara cualquier tipo de cambio en la legislación esclavista. Para evitar que los eclesiásticos se entrometiesen, una ley les prohibía criticar esta realidad so pena de destierro inmediato<sup>45</sup>. El clero había quedado tan atemorizado que, desgraciadamente, se acostumbró a esta situación, tanto es así, que en las iglesias rurales se daban avisos de venta de esclavos después de la misa<sup>46</sup>.

Ciertamente, no podemos decir que Claret fuera un denodado luchador del abolicionismo, como lo fue en su época el hacendado Julio Vizcarrondo<sup>47</sup>, pero tampoco se puede juzgar su falta de pronunciamientos explícitos como un asentimiento frente a este gran pecado social; al contrario, visto, ya, el complicado contexto histórico en el que tuvo que moverse, entendemos mejor sus actuaciones y silencios. El arzobispo quedó espantado frente a aquel sistema, pero sabía que si lo denunciaba públicamente sería desterrado de inmediato. Tuvo que dejar a un lado los impulsos que le hubieran podido llevar a denunciar públicamente la esclavitud para tomar una actitud realista y práctica<sup>48</sup>.

En marzo de 1853, Claret consultó sobre este tema con el obispo de La Habana, Francisco Fleix i Solans. Le expresó su preocupación y la prudencia con la que había actuado: “Dios mediante, pienso acabar de visitar toda la diócesis antes de la Pascua... Hasta el presente no me he metido con esclavos; sólo he recogido a los que espontáneamente se me han presentado. En algunos lugares de esta diócesis la esclavitud está en el mayor relajo...” (EC, I, 776). Al final de la carta, formuló su desconcierto y su petición de consejo: “Espero de su bondad y celo que con sus

<sup>44</sup> “La Revolución haitiana (1791–1804) fue la primera revolución de América Latina, que culminó con la abolición de la esclavitud en la colonia francesa de Saint-Domingue, y la proclamación de la República de Haití. Sin embargo las potencias de esa época no reconocieron inmediatamente la independencia de Haití y no perdonaron la revolución de los esclavos; se le impusieron bloqueos económicos...”

([http://es.wikipedia.org/wiki/Revoluci%C3%B3n\\_haitiana](http://es.wikipedia.org/wiki/Revoluci%C3%B3n_haitiana)).

<sup>45</sup> “El eclesiástico que en sermón, discurso, edicto, pastoral, u otro documento a que diera publicidad, censurase como contrarias a la religión cualquiera ley, decreto, orden, disposición o providencia de la autoridad pública, será castigado con la pena de destierro”(Código penal, Capítulo IX, art. 304; en R. LEBROC, o.c., 541).

<sup>46</sup> “El siglo XIX vio una identificación tal de la Iglesia con la esclavitud, que en los templos se anunciaba que los esclavos serán vendidos el próximo domingo, durante la celebración de la misa, delante de las puertas de la iglesia” (H. THOMAS, o.c., 203).

<sup>47</sup> Julio Vizcarrondo Coronado, político, filántropo y publicista portorriqueño, que nació en San Juan de Puerto Rico, en 1830, y murió en Madrid, en 1889. Empezó una campaña abolicionista que, en 1850, le llevó al destierro a los Estados Unidos. Liberó a los esclavos de su hacienda en Puerto Rico y, en 1863, se trasladó a Madrid para dedicarse a la política. En 1865 creó la *Sociedad Abolicionista Española* y fundó el periódico *El abolicionista español*, que lucharon hasta conseguir la abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico el 7 de octubre de 1886. (Cf. J. VILAR, voz: *VIZCARRONDO CORONADO, Julio*, en REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, *Diccionario biográfico español*, L, Madrid 2013, 377-378).

<sup>48</sup> Su colaborador Antonio Barjau, testificó que dos publicaciones promovidas por el arzobispo, y que circularon con mucha profusión, “dulcificaron muchísimo el rigor señorial” (*Declaración de Antonio Barjau* en el *Proceso Informativo de Vic*, sesión 20, art. 42). Los títulos de las dos obras son el *Bando del Buen Gobierno* y la *Carta que contiene las principales Leyes de Indias que miran a la Religión y a las Costumbres Cristianas*. No contamos con ningún ejemplar de la primera obra; en cambio, de la segunda, existe una primera edición de 1851.

superiores luces y experiencia que tiene me dirá de la manera con que me debo portar en esta materia tan delicada e importante” (EC, I, 777).

La estrategia que Claret vio viable fue la que había tomado san Pablo frente al mismo tema: dejar clara la dignidad humana de los esclavos como hijos de Dios y apelar a la caridad cristiana para mejorar su condición de vida. Cualquier otra iniciativa hubiese puesto en grave peligro el conjunto de su labor evangelizadora. En su carta pastoral, en el capítulo titulado *El cuidado de los hijos y esclavos*, afirmó: “Son parte de la familia los criados, criadas, esclavos y esclavas...”<sup>49</sup>. A lo largo del capítulo, desarrolló los deberes de los esclavos y de los amos, recordando de forma especial el listado de las leyes civiles ya promulgadas en favor de los esclavos, que si se hubiesen cumplido habrían finalizado con el trato inhumano que recibían de sus amos<sup>50</sup>. Terminó el capítulo dirigiéndose a los amos: “Según el autor Festo, esta palabra *familia* es tomada del nombre *Famel*, que quiere decir *esclavo*... para que se acordaran de las obligaciones que tenían, no solo con sus hijos, sino también con los esclavos, y que en todo se habían de portar como buenos padres...”<sup>51</sup>.

En su vida personal demostró que sí era posible tratar a los esclavos reconociendo su dignidad. A la hora de confesar y de dar la comunión no permitió que existiesen diferencias, al contrario, trató a todos por igual sean esclavos o libres y procuró que estuviesen mezclados. Predicó tanto para esclavos como para libres y, más aún, se quejó de los amos que no dejaban que sus esclavos participasen de las misiones por el exceso de trabajo. También estableció que en los préstamos de las cajas de ahorros no se hiciese acepción de personas. El P. Jaime Clotet dejó algunas sencillas anécdotas que demuestran la firme convicción del Arzobispo en favor de la abolición de toda diferencia racial. Entre ellas, cuenta que una señora pobre vino a pedirle dinero para comprarse una esclava y que Claret le respondió de forma categórica: “Señora, el arzobispo de Cuba no tiene esclavos, ni dineros para comprarlos”<sup>52</sup>.

Claret se entendió bien en este tema con el Marqués de la Pezuela, capitán general<sup>53</sup>. Cuando este último publicó una serie de artículos en *El Diario de La Marina*, en los que exigía el cese del

<sup>49</sup> A. CLARET, *Carta pastoral al pueblo*, 279.

<sup>50</sup> En la tercera obligación de los amos recoge varias leyes que garantizan el descanso dominical y de días de fiesta para los esclavos; se nota que Claret no sólo busca el cumplimiento de los preceptos religioso, sino también el evitar que los esclavos sean explotados con un trabajo excesivo (cf. *íd.*, 281-282).

<sup>51</sup> *Íd.*, 284.

<sup>52</sup> Otra historia trata de un gesto pedagógico y profético del arzobispo, que frente a un hacendado que insistía en la inferioridad de los negros, quemó un papel blanco y otro de color, revolvió las cenizas y preguntó: “¿podría V. distinguir las cenizas del papel blanco de las del papel negro? Pues así seremos todos delante de Dios” (Cf. J. CLOTET, *Resumen de la admirable vida del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret y Clará, Arzobispo de Trajanópolis, in partibus infidelium*, Barcelona 1882, 279).

<sup>53</sup> Así lo constata un historiador inglés cuando afirma que “[Pezuela] He ordered all claves illegally introduced to be seized, and sought to detain owners of slave ships and organizers of slaves expeditions. He made cominos cause with Monsignor Antonio Claret, the enlightened Archbishop of Santiago, who had long been asking that claves be better treated...” (H. THOMAS, *The slave trade. The History of the Atlantic Slave Trade. 1440-1870*, Londres 1997, 2603). “[Pezuela] Ordenó que se incautasen todos los esclavos introducidos ilegalmente, y se buscó detener a los propietarios de barcos y organizadores de expediciones de esclavos. Hizo causa común con Monseñor Antonio Claret, el ilustrado arzobispo de Santiago, que durante mucho tiempo había estado pidiendo que los esclavos fueran tratados mejor...” (Traducción de Miguel Ángel Velasco).



tráfico de esclavos, elogió la actitud del arzobispo en esta misma línea. Los mercaderes se alarmaron de tal manera que acusaron a ambos de abolicionistas. En noviembre de 1854 llegó la amonestación de la metrópoli y el capitán general fue sustituido de inmediato por un claro favorecedor de la trata de esclavos. Pese a todas estas intimidaciones, Claret no dejó de luchar por la igualdad de razas y la mejora del trato de los esclavos. Así lo reconoció don Laureano Figuerola, célebre luchador de la causa de los negros, en un discurso que pronunció en la Sociedad abolicionista de la esclavitud: “Si bien no era amigo del P. Claret, no podía dejar de aplaudirlo por lo que su excelencia hizo en Cuba en favor de los negros”<sup>54</sup>. La prensa norteamericana de aquella época, también, lo consideró un “inflexible abolicionista”<sup>55</sup>.

## 5. Confesor real atento a las periferias

Llamado por Isabel II, Claret llegó a Madrid en mayo de 1857. Él, que se consideraba un misionero de periferias, lo que menos esperaba era ser nombrado confesor real; así lo manifestó a su amigo Juan Lobo: “En todo el episcopado no hay otro menos a propósito ni que tenga menos afición a palacios que yo... déjenme para misionar y confesar a los montunos y bozales, ya hay otros para confesar Reinas” (EC, I, 1335). Su rechazo a los honores, grandezas y riquezas de la corte se convirtió en una fuerza centrífuga que lo impulsaba a salir de Madrid, pero, al mismo tiempo, descubrió, a través de las mediaciones eclesiales, que la voluntad de Dios era la fuerza centrípeta que le hacía permanecer en aquel servicio, a pesar de sentirse como un perro atado a un poste (cf. Aut. 623)<sup>56</sup>.

Una vez que aceptó este encargo, al que interiormente se resistía, no solo se dedicó a cumplir su misión como confesor real, sino también a realizar una serie de actividades apostólicas, que fueron fruto de su madurez humana y espiritual. A pesar de que su misión lo ligaba al centro del poder político del reino, Claret no dejó de lado su sensibilidad por las periferias y los excluidos. Llama la atención que un jerarca de la Iglesia que bien podría haberse acomodado en el mundo cortesano, prefiriese continuar viviendo pobremente y con el corazón atento para servir a los más necesitados.

La historia se ha encargado de resaltar los excesos de la vida afectiva de Isabel II; sin embargo, la entrenada mirada de Claret hacia las periferias existenciales le permitió descubrir

<sup>54</sup> F. AGUILAR, *Vida del Excmo. e Ilmo. Sr. Don Antonio María Claret*, Madrid 1871, 199.

<sup>55</sup> Un ejemplo: El diario *The New York Tribune* publicó el 29 de marzo de 1856 un artículo que hacía mención de la recuperación de Claret, de sus heridas y su reacción hacia el asesino. El artículo continúa también alabando la posición del arzobispo sobre la esclavitud: “El arzobispo Claret, como un amigo católico romano me dijo, es quizás el hombre más ejemplar y cristiano relacionado como dignatario con la Iglesia de Cuba. Además de esto, se cuenta por todas partes que es un inflexible abolicionista, un sorprendente modo de ser en esta isla” (citado en R. URRABAZO, *El arzobispo Antonio María Claret en los periódicos americanos entre 1851 y 1951*, material inédito próximo a publicarse en *Studia Claretiana*, 8).

<sup>56</sup> El 20 de agosto de 1861, escribió al P. Xifré, manifestándole cómo se sentía con su misión en la corte: “...No pocas veces me escapo de ir a la mesa de S. M. para tener más tiempo de predicar, sí, sí, esta es mi comida más sabrosa, mi única comida. ¡Quien me diera el poder correr predicando por toda España, por todo el mundo!... La tentación que tengo que sufrir mayor es de escaparme del lado de SS. MM. y aguanto porque me dicen que es la voluntad de Dios el que yo esté a su lado, y yo por ahora también lo creo, y esto y únicamente esto me hace aguantar, esperando que el Señor me soltará (EC, II, 352).

detrás de la soberana a una mujer necesitada de la misericordia de Dios y de una palabra humana amorosa y cercana que la ayudara a orientar mejor su vida cristiana<sup>57</sup>. En cierto sentido, la reina pertenecía a una cierta periferia humana y espiritual. Claret se dedicó con esmero a acompañar a la penitente que la Iglesia le había encomendado; así se lo expresó a ella misma, cuando al referirse a las exposiciones que los obispos españoles le habían enviado con motivo del reconocimiento del reino de Italia, le dijo: “Ellos escriben en nombre de sus ovejas; mas yo no he menester, porque no tengo más que una oveja...” (Aut. 832). Gracias a la intervención de su confesor, Isabel II pudo distanciarse de personas y situaciones que le hacían daño, fundamentar su vida en la confianza en Dios y colaborar de manera eficaz en la vida y misión de la Iglesia. La reina fue consciente de la aportación de Claret en su vida, por eso, en el proceso de beatificación, afirmó: “¡Cuántas y cuántas gracias doy a la Providencia porque me había puesto a mi lado un Prelado tan santo! ¡De cuánto consuelo me ha servido en muchas ocasiones...”<sup>58</sup>.

La casa de Claret en Madrid, primero junto a la iglesia de los italianos y después en el hospital de Montserrat, se convirtió en lugar de acogida de los pobres. Su primer biógrafo dice, al respecto: “Su casa parecía la de los pobres. Rara vez fuimos a ella que no encontrásemos alguno que acudía a exponer necesidades de esas que no se socorren con una limosna común; pero a la hora de audiencia era tanto el concurso de mendigos y necesitados que en algunas ocasiones costaba trabajo el penetrar por en medio de ellos y subir la escalera”<sup>59</sup>. Ya en los propósitos de 1857, había escrito: “Para todo lo que mira a mi persona, comida, cama y vestido, seré como avaro, tacaño y mezquino; pero seré generoso para los amigos y compañeros y pródigo para los pobres y necesitados” (AEC, 681-682). Efectivamente, al poco tiempo de haber llegado a Madrid, escribió a uno de sus colaboradores de Cuba explicándole que se encontraba urgido de dinero por diversos gastos “y la multitud de pobres, que se me comen vivo, y así me hallo en el caso de pedir limosna” (EC, I, 1422). No solo pidió limosna, sino que un día empeñó su pectoral arzobispal para auxiliar a una persona necesitada<sup>60</sup>.

En aquel tiempo, el otrora majestuoso y pujante real monasterio de san Lorenzo del Escorial, fundado por Felipe II en el siglo XVI, se había convertido en un edificio abandonado y en una institución en evidente declive. Ante la dificultad de que fuera asumido por alguna comunidad religiosa, la reina decidió encargárselo a su confesor<sup>61</sup>. Durante nueve años, Claret

<sup>57</sup> Una carta del encargado interino de negocios de la Santa Sede en España, Giovanni Simeoni, dirigida al secretario de estado, Giacomo Antonelli, expresa con claridad la condición de vulnerabilidad en la que se encontraba la reina: “No me canso de repetir a V[uestra]. E[xcelencia]. que S[u]. M[ajestad]. tiene un corazón muy bueno; que conserva sentimientos religiosos y hasta piadosos... Pero desgraciadamente, frente a estas bellas cualidades, tiene una pasión que la domina y el mal, como V.E. sabe bien, es antiguo” (*Carta de G. Simeoni a G. Antonelli*, Madrid, 31 de octubre de 1857, citado en C. FERNÁNDEZ, *El Confesor de Isabel II y sus actividades en Madrid*, Madrid 1964, 146-147).

<sup>58</sup> *Declaración de Isabel II en el Proceso Informativo de Madrid*, sesión 3, art. 1.

<sup>59</sup> F. AGUILAR, o.c., 292.

<sup>60</sup> En el libro de negocios de un platero de Madrid, quedó constancia de aquel acto de generosidad: “En 5 de julio de 1866. Una cruz arzobispal del Excmo. é Illmo. Señor P. Claret: 1314 rs. y 29 ms.-Para con su importe costear el viaje á un pobre” (ib., 293).

<sup>61</sup> Claret dejó constancia de sus primeras impresiones al visitar el monasterio: “La primera vez que yo fui allá sólo hallé dos monjes, el P. Jerónimo Pagés y el P. Francisco Manzano, y tres muchachos que les ayudaban a cantar la misa y a rezar las horas menores; lo demás todo estaba triste y desolado” (A. CLARET, *Miscelánea Interesante*, Barcelona 1865, 116).

asumió una institución periférica, en el sentido de abandonada, y la convirtió en foco de irradiación espiritual y cultural. Puso en marcha varias instituciones: una corporación de capellanes, una escolanía, un colegio de segunda enseñanza y año de preparación a la universidad, un seminario supra-diocesano y comenzó el establecimiento de una facultad de letras, de ciencias y lenguas antiguas (un colegio universitario). Además se ocupó personalmente de la recuperación material y económica del inmueble y sus posesiones.

Claret fue consciente de que los políticos liberales más radicales trataron de situar la cultura católica en los márgenes de la sociedad. Como evangelizador no quedó indiferente ante esta situación de periferia cultural; por eso, se comprometió en el resurgimiento de la influencia eclesial en medio de la nueva sociedad. En este sentido, promovió el apostolado seglar a través de las bibliotecas populares y parroquiales<sup>62</sup>, de las conferencias de san Vicente de Paúl<sup>63</sup> y, sobre todo, de la fundación de la academia de San Miguel. Esta última consistió en una asociación de literatos, artistas y propagandistas dispuestos a irradiar la luz del Evangelio en la cultura de aquella época. Según el historiador Vicente de la Fuente, miembro cofundador de la academia, se llegaron a instalar unos veinte coros, de quince personas cada uno, en Madrid, y otros tantos en provincias<sup>64</sup>. Desgraciadamente, la revolución de 1868 dio un duro golpe a esta iniciativa claretiana.

En medio de un mundo en cambio, Claret descubrió que las mujeres eran un potencial apostólico que la Iglesia había relegado a los márgenes y que se debía recuperar. La mujer era una periferia en la Iglesia y la sociedad de aquel tiempo. Claret, a pesar de la actitud de sospecha que pudo tener hacia las mujeres como la mayoría de clérigos de su época, confió en ellas y les ofreció medios para su formación y espacios institucionales para canalizar su compromiso apostólico. Ya desde su época de misionero itinerante, escribió para ellas numerosos opúsculos y libros. Desde su puesto estratégico de confesor real, ayudó a numerosas congregaciones religiosas femeninas asesorándolas espiritualmente y encauzando sus procesos de reconocimiento civil y eclesial<sup>65</sup>.

La revolución de 1868 condujo a la reina al exilio en Francia, y Claret, junto con el séquito real, la acompañó desde San Sebastián, sin poder pasar por Madrid. Mientras tanto, en su casa del hospital de Montserrat, una religiosa carmelita vedruna trató de salvar sus bienes. Entre estos, encontró dos sobres con dinero, en uno de los cuales decía: “De la Congregación”, y en el otro: “Es para los pobres u obras pías”<sup>66</sup>.

<sup>62</sup> Desde 1864 comenzaron a instalarse y a funcionar. El instrumento principal para promoverlas fue el opúsculo de 32 páginas que Claret sobre este tema. En los primeros años, se llegaron a fundar alrededor de medio centenar. En esta obrera, Claret manifestó que “en estos últimos tiempos parece que Dios quiere que los seglares tengan una gran parte en la salvación de las almas...” (A. CLARET, *Las Bibliotecas Populares y Parroquiales*, Madrid 1864, 18).

<sup>63</sup> Estas asociaciones caritativas fueron fundadas por Frédéric Ozanam, en 1833, en Francia. En 1850 comenzaron a funcionar en España gracias a la iniciativa del siervo de Dios Santiago de Masarnau. Claret las protegió, animó y promovió (cf. J. DUQUE, *Espiritualidad y apostolado*, en *Historia de la Iglesia en España*, vol. V, Madrid 1979, 455).

<sup>64</sup> Cf. C. FERNÁNDEZ, *Confesor de Isabel II...*, 423.

<sup>65</sup> Cf. J. SIDERA, *Claret, promotor de instituciones evangelizadoras*, en A. BOCOS y A. BELLELLA (eds.), *Nacidos para evangelizar*, Madrid 2008, 177-208. Entre sus principales dirigidas estuvo santa Micaela del Santísimo Sacramento, cuya congregación de adoratrices se ocupó de las prostitutas.

<sup>66</sup> *Carta de la Madre María del Carmen Romaguera de San Luis al arzobispo Antonio Claret*, Cádiz, 22 de enero de 1869, en J. BERMEJO, *Epistolario pasivo de San Antonio María Claret*, Madrid 1995, III, 347.

## 6. Un final entre las periferias

En noviembre de 1868, Claret llegó a París y se hospedó en el colegio *des Soeurs de Saint Joseph*, donde permaneció durante cinco meses. Sus obligaciones consistían en celebrar la misa diaria con las monjas, confesar a la reina y dar catequesis al príncipe y a las infantas. Su inquietud apostólica le llevó a ir más allá de lo oficial. Por un lado, predicó pláticas cuaresmales a residentes españoles en París<sup>67</sup>. Y por el otro, su corazón sensible al dolor de los excluidos, le llevó a darse cuenta de una realidad periférica que podía haber pasado desapercibida: “En ésta los extranjeros necesitan protección, o si no, se desesperan, se suicidan (quedé horrorizado el otro día, cuando leí que los que se suicidan en París son 1.200 por año)” (EC, II, 1375).

Sus entrañas de buen pastor no le permitieron quedarse con las manos cruzadas. Tal como acostumbraba, trató de dar una respuesta eficaz. Así lo expresó: “Dios N. S. se ha querido valer de mí para fundar unas conferencias de la Sagrada Familia, Jesús, José y María, para favorecer a los españoles, hombres, mujeres y niños, que vengan a ésta [París] de la Península o de América...” (ib.). Con el dinero que recolectó en las pláticas cuaresmales, estableció dos conferencias de la Sagrada Familia, una de señores y otra de señoras, “cuyo objeto es amparar, proteger, dar colación a cuantos españoles se presenten...” (ib.). El arzobispo podría haberse justificado aludiendo a su avanzada edad o a su situación periférica como exiliado; sin embargo, estuvo atento a las periferias de otros que necesitaban gestos concretos de misericordia y solidaridad.

El final de su vida fue el de un desterrado, de un excluido, de un periférico. De Roma, el centro del catolicismo, pasó enfermo y perseguido al sur de Francia. A los 15 días de haberse unido a sus misioneros en Prades, nuevamente tuvo que huir, de noche y a escondidas, para refugiarse en los márgenes de la sociedad. El que había querido huir del éxito social refugiándose en la soledad de la cartuja, después de una fecunda vida misionera, acabó su vida terrena en los márgenes periféricos del monasterio cisterciense de Fontfroide.

## 7. ¿Qué periferias inquietarían el corazón misionero de Claret, hoy?

Vivimos en una época bajo ciertos aspectos diferente a la de Claret, pero en el fondo también nuestra sociedad está plagada de periferias. Cada uno de ustedes viene de periferias y entrega su vida apostólica a la humanización y evangelización de ciertas periferias. En Claret, la urgencia de salir a las periferias le venía de su profunda vida espiritual de configuración con Cristo (“Charistas Christi urget nos”) y encontraba periferias no solo entre los aldeanos de Cataluña y Canarias y entre los esclavos y guajiros de Cuba, sino, incluso, en el palacio real de Madrid; hasta morir en plena periferia como exilio en un rincón del sur de Francia.

En los años de su madurez espiritual y apostólica, Claret descubrió el profundo sentido de aquel texto evangélico: (Lc 4, 18). Experimentó que evangelizar era no una simple actividad

---

<sup>67</sup> Durante la cuaresma de 1869, los seis primeros jueves predicó en la capilla de *Saint-Nicolas de Beaujon*, que podía acoger a 250 personas, pero que en realidad, recibió a muchos más, tanto así, que los últimos jueves tuvo que limitarse el acceso solo a los hispanos y a través de tarjetas de invitación. Aun así, había familias francesas e inglesas que estaban dispuestas a pagar un precio equivalente a un billete de la ópera para escuchar al misionero.

externa, sino, fruto de una vivencia espiritual que lo lanzaba a las periferias de su tiempo. Este mismo texto lo aplicó a sus misioneros: “Por manera que cada uno de nosotros podrá decir: El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para anunciar la buena nueva a los pobres” (Aut. 687). Por lo tanto, nos corresponde, a cada uno de nosotros, dejarnos llevar por el Espíritu hacia la periferias que esperan la buena nueva del Señor.

P. Carlos Sánchez Miranda, CMF  
Director del CESC